

“Si hay pobreza que no se note”: Usos y sentidos asociados al dinero y a otros recursos en una organización de mujeres de sectores populares de Córdoba.

Lic. Silvina Buffa

Universidad Nacional de Córdoba

Introducción

Este trabajo¹ analiza usos y sentidos construidos en torno al dinero y a otros recursos por parte de mujeres de la zona noroeste de la ciudad de Córdoba, que inicialmente conformaron un Club de Trueque como estrategia para “salir de la crisis” y posteriormente, interesadas en seguirse reuniendo, “salir de la casa” y darse un tiempo para sí mismas, comenzaron a participar y viajar a los Encuentros Nacionales de Mujeres (ENM).

Estos Encuentros son eventos multitudinarios que se desarrollan una vez por año en diferentes lugares del país. Inicialmente fueron organizados por mujeres feministas y en la actualidad convocan a miles de mujeres de diferentes sectores y pertenencias para compartir experiencias y problemáticas que las afectan y establecer agendas (Masson, 2007).

Si bien “*juntar la plata para viajar*” pareciera ser a primera vista, simplemente un *medio para* participar de los ENM, un abordaje etnográfico acerca de los procesos organizativos, los espacios de encuentro y trabajos variados que cada mujer realiza, dan cuenta cómo este proceso organiza su cotidianeidad, con variadas implicancias para las mujeres, sus familias y los espacios barriales en que se desenvuelven.

A continuación analizaremos cómo mujeres de la “Organización Manos Unidas”, organizan sus *tiempos, actividades* cotidianas, *trabajos, esfuerzos*, y *tránsitos* por diferentes *espacios* a partir de la decisión de viajar a un ENM y la consecuente necesidad de “*juntar fondos*” para viajar. Una aproximación etnográfica a las prácticas cotidianas permitirá conocer cómo se conjugan relaciones, afectos, confianzas, intercambios que nos permiten aproximarnos a una diversidad de prácticas económicas cotidianas que lejos de encontrar en ellas solo un fin instrumental, hablan de la vida de las mujeres y de los ámbitos barriales y comunitarios en que desarrollan sus vidas.

Los datos que se presentan provienen del trabajo de campo en el que participé- observando y observé- participando (Guber, 1991) de variadas actividades desarrolladas con las mujeres, entre

¹ La presentación se desprende de una investigación etnográfica en proceso: “*Género, participación y vida cotidiana: una etnografía sobre experiencias de encuentro entre mujeres en contextos de pobreza urbana*”, Trabajo de Tesis de Maestría en Antropología. Dir. Laura Masson; Co-Dir. Ludmila Catela Da Silva.

2011 y 2012. Entre ellas, encuentros semanales en Villa Costa Canal, tareas para juntar fondos para viajar a los ENM que incluyeron: roperos comunitarios, bingos, producción de comidas para fechas patrias. También compartí con ellas extensas y confidentes charlas, en un supermercado de la zona mientras envolvíamos paquetes a cambio de colaboración de los clientes; y las acompañé a pedir donaciones a distintas instituciones donde pude seguirlas conociendo al escuchar cómo se presentaban ante diferentes públicos. También viajé con ellas al ENM de Bariloche y de Posadas.

Aquí focalizaremos el análisis en cómo las mujeres organizan su vida cotidiana en torno a los “*preparativos*” para viajar a los ENM. A lo largo de la presentación se irán develando diferentes sentidos asociados al participar de los ENM, que como dijimos anteriormente superan los 3 días que dura el evento y suponen trabajos y esfuerzos de diversa índole. Estos “*preparativos*” reflejan las diversas formas de recaudar y usar el dinero y otros recursos y “*aportes*” que cada mujer deberá realizar para viajar, y una presencia continuada de las mujeres en diferentes espacios barriales a lo largo de 8 meses (entre marzo y octubre de cada año), así como acuerdos y desacuerdos en torno a diferentes cuestiones que llevarán a decidir quién/es puede viajar y quién/es no. Todos estos procesos nos hablan de una diversidad de prácticas económicas que atraviesan la cotidianidad y los espacios de encuentro *de y entre* mujeres en contextos de pobreza urbana.

Los Preparativos: procesos organizativos y acuerdos en espacios de mujeres

A continuación podremos visualizar cómo mujeres de la Organización Manos Unidas, deben “*prepararse*” para los ENM. Esto implica, por un lado, desarrollar diferentes actividades y trabajos para juntar los recursos económicos para viajar. Pues los costos más importantes son para pagar el traslado desde la ciudad de Córdoba hasta el lugar donde se desarrolle el Encuentro, 2 noches de hotel² y contar con dinero para las comidas y para “*comprarse recuerdos*” u objetos para traer de regalo a sus familias. Por otro lado, el prepararse también implica haber construido

² Dormir en hotel y no en colchonetas, en el suelo de las escuelas que se habilitan para alojar a mujeres de todo el país, ha sido motivo por el que estas mujeres deciden “*trabajar más*” durante el año (y así recaudar más dinero para costear el hotel). Encontré que este tema también fue objeto de reivindicación en una reunión de la Multisectorial de Mujeres de Córdoba, en que una integrante expresó: “*De una vez por todas las mujeres tenemos que dignificarnos, ya basta de dormir siempre en cualquier lado, tiradas en un colchón, fregando ropa, lavando a mano, cuando hay lavarropas automáticos, siempre sufriendo. No! Hay que dignificarse*”. Conocer un hotel “*por dentro*” suele ser uno de los principales recuerdos del viaje, valorado positivamente por ellas, como expresa Mimí (50 años): “*después de servir toda mi vida, es algo increíble, que nunca creí que me iba a pasar, que una vez nos sirvan a nosotras*”.

relaciones de camaradería con el resto del grupo que permitan “disfrutar” y “pasarla bien” en el viaje. También el prepararse en algunos casos supone haber conversado “entre todas” (tarea que consiste principalmente en transmitir saberes desde quienes ya han participado de ENM previos, a quienes lo realizarán por primera vez) acerca de qué son los Encuentros y temas que se abordan en los mismos como “los derechos de las mujeres” o “la violencia contra la mujer”.

Este proceso previo al viaje, supone un *hacer con otras* que nos permitirá ir comprendiendo las relaciones, intercambios, tensiones, conflictos, jerarquías y complicidades que se van construyendo entre unas y otras y que van más allá del grupo conformado por “las que viajan” al ENM e involucra a otros/as vecinos/as, familiares, grupos y organizaciones que trabajan o circulan por la zona.

En Villa Costa Canal,³ las mujeres de Manos Unidas todos los sábados por la siesta, se reúnen en El Palo⁴ para organizar “el viaje al Encuentro”. Algunas que viven en la Costa se asoman desde sus casas y cuando ven que “ya van llegando las mujeres”, se acercan al Palo. Otras salen desde “La Cooperativa” que queda a unas 15 cuadras de allí, y las que viven más alejado llegan a caminar una hora hasta llegar a la Costa. En el camino se van encontrando con parientes, amigas y vecinas, y llegan en grupos de dos o tres de acuerdo a la hora que cada una se va desocupando de las tareas domésticas⁵, las que vienen demoradas, cruzan apuradas por la canchita antes de que comiencen los partidos de fútbol y los hombres les ocupen el camino. También están las que deben tomarse uno y hasta dos colectivos para llegar desde sus barrios ubicados en otros extremos de la ciudad (algunos a más de 20km. de la zona)⁶.

En estos trayectos las mujeres van conversando, se cuentan las últimas novedades de la familia y el barrio, ponen al día a quienes han estado ausentadas del grupo y también se anticipan comentarios, reclamos y propuestas que más tarde algunas dirán en la “reunión de todas” o se

³ Villa Costa Canal o La Costa, se ubica en el extremo noroeste, a 6km. del centro de la ciudad de Córdoba.

⁴ El Palo es el nombre que recibe el espacio en donde hay un largo tronco de árbol caído que sirve de asiento a la orilla de la calle principal de La Costa. El mismo es frecuentemente ocupado por varones jóvenes y adultos que se reúnen con amigos y vecinos a “tomar”, por las tardes y noches cuando vuelven de trabajar o al descansar luego de jugar al fútbol los fines de semana. Es un espacio caracterizado como un lugar neutro al que en “nadie tiene problemas de venir”, propicio para “reunir más gente” cuando se busca vender ropa, jugar al bingo o hacer una rifa.

⁵ Reunirse los sábados a la siesta fue una elección dado que durante la semana todas referían tener múltiples ocupaciones en el hogar o tareas impostergables como llevar o traer los niños de la escuela, esperar al marido cuando vuelve de trabajar, etc. Así, los sábados a la siesta son el único momento de la semana en que las mujeres pueden “hacerse un tiempo” para sí, cuando los varones e hijos duermen la siesta o salen (a jugar al fútbol o a reunirse con amigos). El “tiempo libre” dura hasta las 18h., horario en que deben regresar para “estar con la familia”.

⁶ Las mujeres que viven en lugares más alejados en algunos casos son familiares de mujeres de la zona que han vivido en tiempos pasados en la zona. A su vez éstas invitan a vecinas, familiares y amigas de sus “nuevos” barrios, lo que hace que haya ido creciendo con los años la cantidad de mujeres que viajan “desde lejos” hasta la Costa.

guardarán hasta que llegue el momento oportuno de plantearlos y otros quizás nunca saldrán más allá de esos recorridos compartidos entre unas pocas, hasta El Palo.

Los encuentros en El Palo comienzan cada mes de marzo, cuando las mujeres y un equipo de universitarios⁷ que las acompañan, se convocan con motivo de “*empezar a hablar del viaje*”. En las primeras reuniones repasan nombres y comentan “*qué saben*” de cada una de las que han viajado en años previos. Este “*repaso*” por situaciones, mensajes, rumores y preguntas acerca de las ausentes también incluye preguntas acerca de si vendrán “*estudiantes de la Facultad*” ya que en general los universitarios-estudiantes y docentes- son reconocidos y se les agradece en reiteradas oportunidades por aportar vendiendo rifas, bonos y conseguir donaciones entre sus familiares, amigos y redes⁸).

Cada año, “*nuevas*” mujeres se acercan al Palo interesadas en “*ingresar al grupo*” para poder viajar. Para ello, quienes ya vienen participando han ido pautando ciertos requisitos, que remiten a caracteres y cualidades que una mujer debe tener para ser incorporada al grupo; pues si es conocida de otros espacios barriales, se tendrá en cuenta cómo se ha desempeñado en esas experiencias previas.

Las modalidades y pautas para ingresar al grupo han permitido analizar cómo son algunas de las distinciones entre las mujeres: las “*nuevas*” y “*las que ya vienen*” participando, trabajando. Dichas distinciones permiten acceder a diferentes capacidades y valores considerados positivos en el grupo y otros que se rechazan. Así, tener *disposición para trabajar* y “*buen trato*” con las demás, son criterios que se consideran tanto para permitir el ingreso como para valorar el trabajo de cada mujer en el grupo. Otro criterio que continuamente está presente y se complementa con lo que se viene desarrollando, es el referido al trabajo aportado por cada mujer al colectivo, el cual también permite distinguir entre “*las cómodas*”, las que “*solo quieren ir por el viaje*” y las que trabajan, integrado por el grupo de las que “*son guapas*” y “*siempre están presentes*”.

Las condiciones para ingresar, y los registros que cada mujer van teniendo de las otras se van construyendo y circulando en general de manera sutil, silenciosa, a través de miradas, silencios y

⁷ El equipo, dentro del cual me incluyo, está conformado por docentes y alumnos de la Fac. de Psicología que realizan prácticas y desarrollan proyectos extensionistas en la zona, desde hace más de 10 años.

⁸ Las mujeres plantean que lo que se establece con la “*gente de la Facultad*” (como es mi caso) es un *intercambio*, un “*ida y vuelta*”, al respecto una de ellas comentó en una charla organizada por una Catedra de la Fac. de Psicología en donde fueron invitadas a contar su experiencia de trabajo a los estudiantes: “*a veces se creen que solo nosotros aprendemos de uds. pero yo creo que no es así, todas aprendemos y es más, creo que las que más aprenden son uds. porque uds. pueden saber de algunas cosas, pero las que vivimos el día a día, las que hacemos magia para que todo nos alcance, para mantener a la familia, para sacar de donde no hay, somos nosotras, y por eso uds. aprenden mucho de nosotras*”.

chismes, que se constituyen en una forma de control social, que nos hablan de algo más que de ciertas mujeres con intención de “*entrar*” al grupo. Pues se ponen en juego dinámicas y relaciones barriales, trayectorias y experiencias que van más allá del viaje y del ENM y develan que en realidad, el ENM es la excusa que permite hablar del barrio, de las familias, de nosotros/as y de lo/as otro/as⁹. Los requerimientos señalados para ingresar o permanecer en Manos Unidas, se van actualizando año a año y en diferentes momentos del año¹⁰, para evitar que algunas “*traigan de arriba*” a hijas o amigas, ya que el objetivo último de estos procedimientos es evitar que ciertas mujeres quieran “*viajar, sin trabajar*”. Lo cual da cuenta del imperativo de “*trabajar para viajar*”. A continuación profundizaremos en los trabajos que deben realizar las mujeres y los sentidos asignados a los mismos.

Los trabajos de las mujeres: sentidos y distinciones asociadas al trabajo

Entre los estudios que analizan los trabajos de las mujeres encontramos un importante número que analiza las implicancias y experiencias referidas a trabajos domésticos realizados por ellas, muchas veces no reconocidos como trabajos. También existen variadas producciones que se orientan a indagar los trabajos extra domésticos de las mujeres; en general dichos estudios ponen énfasis en experiencias referidas a empleos y/o trabajos remunerados en ámbitos públicos y/o privados. Sin embargo, encontramos menos referencias a estudios que analicen otros trabajos extra domésticos realizados por las mujeres en general y las de sectores populares en particular, como son aquellos desarrollados en espacios barriales y/o comunitarios (Comas D’Argemir, 1995). Pues son las mujeres quienes sostienen fuertemente estos trabajos, definidos como *trabajo comunitario*, *trabajo colectivo*, *trabajo en común*, etc. (Jelin, 1987, Gines, 1996).

Apelar al *trabajo común* como modo de sortear dificultades económicas es una estrategia de supervivencia utilizada ampliamente en sectores de pobreza (Salles, Tuirán, 1995; Koldorf, 2008). En el caso en estudio, al indagar los trabajos comunitarios que las mujeres refieren haber

⁹ como advierte Fasano “el chisme es una herramienta a través de la cual los actores resuelven situaciones (...), lo utilizan para interpretar permanentemente su realidad social y (...) redefinen permanentemente sus posiciones, alianzas y conflictos en el contexto más amplio de la pobreza urbana. Así a través de los chismes los actores participan en la dinámica de construcción de la vida social” (2006: 134).

¹⁰ Las exigencias para “*entrar*” no son idénticas en cualquier momento del año, pues en los primeros meses del año las condiciones son más flexibles ya que aún se está “*armando la lista*”, pero a medida que se acerca la fecha del viaje al ENM (y se va tomando dimensión de los montos elevados de dinero que aún restan recaudar para poder viajar) las exigencias en aportes dinerarios y de presencia sostenida en todas las actividades que se realizan grupalmente, se vuelven más rígidas y poco posibles de evadir

realizado en sus trayectorias de vida, se pueden distinguir entre trabajos ligados a un *hacer por/para otros*, como promover la salud de los niños, participar en comedores, guarderías, salones comunitarios para ayudar a otros, o solidarizarse con familias del lugar que tienen dificultades (Buffa, Croce, Diaz, et.al.2009). Estos se distinguen de otros trabajos que suponen el juntarse con otras para lograr un resultado que tendría beneficios para ellas, un *hacer y trabajar para sí mismas*. Será en este último tipo de trabajos que centraremos nuestro análisis, no sin establecer puntos de contacto, articulaciones y tensiones con los otros tipos de trabajos y las clasificaciones que de ellos se desprenden.

A continuación presentaré como transcurre la experiencia de trabajo de las mujeres a lo largo de lo que denominan “*un año de trabajo*”¹¹. El trabajo se entiende como el modo de juntar los fondos, pero más allá de eso, ese *tiempo de trabajo juntas* (o no) es el que permite *conocer* al resto de las mujeres, valorar sus capacidades, dificultades. Este conocer implica desde *saber quiénes son* las otras del grupo, hasta ir construyendo *relaciones de afinidad o distanciamiento* con unas y otras.

Así, en las primeras reuniones de marzo, se reiteran expresiones de preocupación e interrogantes acerca de si “*alcanzaremos a juntar todo lo que se necesita*”, cuánto cuesta el pasaje de cada una, cuantos aportes (en dinero, en bienes materiales: comidas para bufet, ropa o calzados para roperos, premios para rifas o bingos, etc.) habría que realizar “*individualmente*”, qué actividades organizar *entre algunas* (“*cada una con su grupo*”) y cuales “*entre todas*”. La lejanía, el costo del viaje, los tiempos disponibles por cada una, llevan a planificar actividades y se prevén cuanto habría que trabajar en los próximos meses hasta la fecha del ENM. Si bien las mujeres comienzan recordando y evaluando como les ha ido con actividades desarrolladas en años previos¹², también se proponían “*hacer cosas nuevas*” y actividades que “*quedaron pendientes*” de años previos.

El imperativo de concretar todas las actividades que se van proponiendo, es decir, “*ir diciendo y haciendo*” es para las mujeres una forma de evitar que las más nuevas “*se cansen de venir*” y no vuelvan o que otras “*se borren por un tiempo*”, con el justificativo de que “*no quedamos en nada concreto*”. Así, el “*hacer algo*” como opuesto al mero “*juntarnos a hablar*”¹³ es una condición

¹¹ esta referencia temporal no se equivale con el sentido estricto de un año de calendario sino al periodo entre marzo y octubre de cada año, fecha en que se realizan los viajes a los ENM.

¹² evaluación en términos de dinero recaudado, n° de concurrentes, grado de participación y aporte de las mujeres, valoraciones que otro/as hacen de los eventos y comparación con eventos organizados por otros grupos del barrio.

¹³ Hablar suele asociarse con “*hablar macanas*”, lo que resulta placentero, pero para lo que las mujeres no suelen tener tiempo. Pues el *tener cosas pendientes por hacer* (en general trabajos en el hogar), es una constante.

que diferencia los encuentros de los sábados de otros espacios de mujeres donde el hablar parecía ser el eje; por ejemplo, quienes algunos años han *viajado con una ONG* a los ENM, reconocen que se les exigía durante todo el año participar de talleres donde “*se juntan a hablar de la violencia, del genero*”, lo cual si bien valoran como interesante, y que “*estaba bueno*” también dejaban entender que era un tanto cansador “*siempre lo mismo, con los talleres y las charlas*”¹⁴. Recuerdo un sábado en que luego de conversar de distintas opciones para juntar fondos, Mimi propuso “*chicas porque no vamos cerrando, concretemos algo ya para la semana próxima porque sino de nuevo venir a charlar, no. A mí me van a sacar zumbando de mi casa. Concretando muchachas*” y con tono de gracia agregó: “*si no hacemos nada, no vengo más*”¹⁵. En estos primeros encuentros las mujeres acuerdan un monto de dinero que cada una de las interesadas en viajar debe ir aportando, por semana y que las que se vayan “*sumando*” en las siguientes semanas paguen una suma extra que compense las actividades que el resto ya vienen haciendo (por ejemplo bingos, bufet). Solían escucharse advertencias que comienzan con “*chicas, para que no nos pase como el año pasado*” referidas por ejemplo a evitar que “*las que no trabajan*” o que “*se suman al ultimo para ir de arriba*” se quieran aprovechar del trabajo y/o aportes de tiempos dedicados, esfuerzos, presencias sostenidas realizadas por el resto. Estas distinciones nos permiten analizar los diferentes sentidos que se asigna a la noción de trabajo o *trabajar juntas* entre las mujeres. Así, el *trabajar entre todas* implica en primer lugar entender el *trabajo como presencia*, que supone un *estar ahí*, venir siempre al Palo, poner el cuerpo. Aquí la presencia sostenida en las reuniones y actividades es la primera condición para ser alguien que “*siempre participa*”. Además el trabajo se asocia con el *hacer*. Esto implica que no basta solo con estar ahí, sino que trabajar requiere colaborar con la tarea colectiva que convoque. Esto es lo que diferencia entre encuentros para *juntarse a charlar y no hacer nada* y encuentros donde hay que *hacer algo*, como *tarea* que organiza el encuentro. Además, el hacer

¹⁴ Estas suelen ser las formas con que técnicos de ONGs y profesionales de centros de salud buscan abordar problemáticas como la violencia de género y/o los derechos sexuales y reproductivos.

¹⁵ el salir de sus casas con alguna tarea concreta como juntarse a hacer empanadas o vender ropa está más legitimado que salir a *juntarse a charlar*, lo cual se asocia a “*perder el tiempo*”. Las tareas sirven como modo de justificar la salida ante sus parejas e hijos. Esto ya había sido encontrado en experiencias anteriores como las ferias de trueque en que la salida del hogar estaba justificada y era reconocida en términos de “*volver con algo a la casa*” (Buffa, Viola, 2004). También circula cierta idea de que cuando las mujeres se juntan a hablar “*es para puterío*”. Esto es sostenido no solo por los varones, quienes suelen quejarse de que sus parejas “*pierden el tiempo en chusmeríos*” en vez de estar haciendo “*lo que deben hacer*” (apelando a tareas domésticas y cuidado de los hijos), sino que varias mujeres del grupo han referido que antes de integrarse al mismo, tenían cierta resistencia a acercarse dado que “*nunca fui de andar hablando por ahí*”, “*yo no me doy con nadie porque es para problemas*”.

de cada una permite distinguir entre las que solo pasan a *charlar* y las que son “*guapas*” como sinónimo de trabajadoras. El trabajo también es definido como un *aportar* al grupo (desde materias primas para producir lo que luego se vende, hasta aportar tiempo, saberes y habilidades - por ejemplo las recetas y secretos de quienes cocinan rico y garantizan una “*buena venta*”). También encontramos que el trabajo es definido como un *esfuerzo* en tanto supone compatibilizar con *otros trabajos* –en la casa y “*afuera*” - y responsabilidades domésticas y extra domésticas. Dicho esfuerzo y/o *sacrificio* se materializa en horas de tiempo dedicadas, aportes en dinero que suponen restricciones a otras necesidades o gastos personales y/o familiares, y a veces el esfuerzo se evidencia en que por trabajar para el grupo se descuidan otros trabajos y/o responsabilidades; también se pueden visualizar ciertos esfuerzos simbólicos ante reclamos de sus maridos e hijos, culpa por que descuidan el hogar y los descuidan a ellos. También se ha podido evidenciar que el trabajo colectivo aparece siempre ligado a la obtención de algún *resultado*, un producto visible (desde lograr reunir el elevado monto de dinero para viajar, hasta satisfacción por muestras de reconocimiento de otro/as por el trabajo realizado –en ferias de ventas de productos, charlas en entidades que donan-). Dicho resultado se evalúa en términos de “*trabajamos bien*” o no, “*trabajamos unidas*” o no, “*estuvo bien organizado*” o no. Finalmente cabe destacar que en el desarrollo de los trabajos que realizan, puede accederse a distinciones entre quien tiene o no tiene dinero y compensan sus “*aportes*” con trabajo (“*no puso plata pero es guapa*”, “*siempre está aunque no tenga [dinero]*”); y distinciones entre quien “*tiene necesidad*” y quien “*se hace la que necesita*”. Lo cual devela procesos de control social que van desde chistes, hasta chismes y peleas por cómo y en qué usa el dinero cada una dentro y fuera de la organización (en sus familias, en el barrio).

Juntarse para juntar dinero y algo más: estrategias para recaudar y usos del dinero y otros recursos

Desde argumentos como: “*solas no podemos*” y “*entre todas se puede llegar*”, las mujeres desarrollan diversas estrategias para recaudar dinero: organizan “*roperos*”, bingos, charlas pidiendo donaciones, envuelven regalos en un supermercado y venden comidas para fechas patrias. En cada evento se distribuyen tareas, responsabilidades y se activan recursos de cada participante (redes, saberes previos, cualidades como “*animarse*” a salir a ofrecer o ser “*confiable*” para guardar lo recaudado).

A continuación focalizaremos en el desarrollo de las principales actividades que realizan las mujeres y que se distinguen por ser estrategias diversas para juntar fondos para viajar al ENM. Más allá de la distinción por actividades, resulta interesante poder atender en cada caso a los *usos* que se hacen del dinero y de otros recursos obtenidos, los *vínculos* que se establecen entre las mujeres y los diversos otros con que interactúan, que en cada caso nos dan cuenta de diferentes modos de presentarse, de justificar su trabajo, de los intercambios que establecen, etc.

- ***Los Roperos: en la Costa todos compran***

Vender ropa usada es una de las formas más frecuentes de juntar dinero para alguna “causa común” por parte de las mujeres¹⁶. Entre las mujeres de Manos Unidas, los *Roperos* son una forma de juntar fondos para pagar el viaje al ENM; y es a la que recurren con más frecuencia, dado que no requiere de mayores esfuerzos y entregas (en dinero, tiempo dedicado) de parte de las mismas y siempre “*se saca algo*”. Estos se realizan en El Palo y hasta allí se acercan a buscar prendas, calzados y carteras tanto mujeres de La Costa, como de barrios y villas aledañas, de acuerdo a cuanto haya sido promocionado “*de boca en boca, que es lo que más llega*”¹⁷.

Previo a realizar el Roperero hay que *juntar ropa*, en general esta es una tarea asignada a las estudiantes de la Facultad. Las mujeres que reciben donaciones de “*sus patronas*” o conocidos que *les junta ropa*, a veces las aportan al grupo y en otras ocasiones, piden permiso a las presentes para poner una mesa separada con “sus” ropas, siendo el dinero recaudado en estos casos solo para quienes venden las mismas¹⁸. Antes de comenzar con el Roperero, las que llegan más temprano se encargan de armar las mesas y ordenar las prendas por tamaño, sexo, estación y estado (buen estado/mal estado), a la vez que descartan aquellas que no están en condiciones de ser ofrecidas¹⁹. Mientras las mujeres van sacando de las bolsas la ropa, a pesar de que se acuerde,

¹⁶ Suele ser una actividad a la que muchas han recurrido en diferentes circunstancias, desde distintas instituciones (la parroquia, la escuela, el comedor) o individualmente. El dinero obtenido de los “*roperos comunitarios*” es utilizado para diversos fines, (he conocido casos en que el dinero se usó para organizar el festejo del día del niño, comprar medicamentos costosos, pagar el cajón de alguien que falleció o para ayudar a quien se le quemó la casa).

¹⁷ La mayoría de las mujeres que van a comprar no viven en la villa, muchas se han mudado años atrás a *La Cooperativa* un barrio cercano, construido por los propios vecinos. Sin embargo se eligen hacer los roperos en La Costa porque: “*en el barrio la gente no compra, se vienen hasta acá a comprar, pero allá es como que no les gusta que las vean comprando*”.

¹⁸ Esta opción solo se autoriza en ciertos casos, por ejemplo cuando quien se propone vender “*para sí misma*” fundamenta necesitar juntar dinero de esta manera excepcional, para poder realizar sus aportes para el viaje.

¹⁹ En general, durante esta tarea se realizan valoraciones acerca de la ropa conseguida y sobre todo cuando la ropa se encuentra en mal estado o sucia, se escuchan expresiones como “*che, esta bien que seamos pobres pero no*

a veces explícitamente y otras se da por supuesto, de que nadie debe “*tomar ventaja*” ni *guardarse* ropa hasta que no empiece la venta, igualmente, quienes van acomodando sobre los tablonces las ropas, van eligiendo prendas que se encuentran en mejor estado y sigilosamente las separan como modo de reservárselas²⁰. Cuando llegan mujeres que no son del grupo a comprar, se elige a dos mujeres que cobrarán y rápidamente deciden los precios de las prendas que varían entre \$1y\$3 cada una²¹. La venta de ropa termina cuando las mujeres ven que “*ya no se mueve*”, allí quien junto el dinero lo saca de la bolsa en que se fue guardando, lo pone sobre la mesa en que estaban las prendas, mientras el resto observan atentas el conteo de monedas y billetes. Luego se grita en voz alta el monto juntado y se pide a alguna estudiante que registre lo recaudado y guarde el dinero.

- *Los Bingos: ponerse las pilas para invitar y que quieran volver a jugar*

Para que un Bingo “*salga bien*” hay que saber elegir la fecha²², el lugar y los invitados y las maneras de difundir el evento. El éxito o no de un bingo depende del *trabajo previo* de las mujeres de invitar a familiares, amigos y vecinos. Además es importante invitar a quienes son “*timbero/as*”, porque juegan más dinero y en todas las jugadas. Sin embargo, cuando tienen este tipo de invitado/as las organizadoras se preocupan porque haya *buenos premios*. Los premios pueden ser un porcentaje de dinero de lo recaudado en cada jugada o prendas, utensilios de cocina, juguetes u otras donaciones que puedan conseguirse previamente como donaciones o aportados por las mujeres. Los bingos requieren que una semana antes las mujeres se repartan cartones para vender antes del evento. Quienes no logran vender sus cartones, igual deben abonar el monto de los mismos para garantizar el monto requerido para los premios de dinero de la

miserables”, “*que se cree la gente que somos? Que por vivir en la villa te van a dar cualquier cosa?*”, “*seremos pobres pero no mugrientos*”.

²⁰ Las sabanas, fundas de almohadas, colchas y camperas o prendas de abrigo suelen ser muy codiciadas y llegan a generar tironeos entre quienes primero las divisan, resolviéndose las disputas de diferentes formas: por sorteo, una prenda para cada interesada, cuando alcanza, o que se la lleve quien en otra oportunidad no lo hizo (hay un registro muy preciso de quien “*se llevó la otra vez y a quien le toca ahora*”).

²¹ Si bien los precios se ponen al iniciar la actividad, durante el desarrollo y de acuerdo al “*movimiento*” de ese día, a si hay mucha ropa, si hay pocas ventas, si quien compra es reconocida como alguien que *tiene plata* o no, o si *necesita “de verdad”* la prenda (aunque no le alcance el dinero), se le “*hace precio*”. En algunas ocasiones he sido asignada para cobrar las prendas y me encontrado con llamados de atención por parte de algunas mujeres por no haber sabido distinguir rápidamente y mientras hacia los cálculos de cuanto debía pagar cada quien por todo lo que llevaba, cuando alguien era mercedora de rebajas o no. Situaciones que encontré similares a las que Zapata (2005) refiere en su etnografía respecto de los criterios que las voluntarias de Caritas utilizaban para distinguir entre una viva –sabiendo identificar indicadores de no necesidad- y una buena mujer que necesita “de verdad” la ayuda.

²² los primeros y segundos sábados del mes son propicios para Bingos ya que “*las familias ya han cobrado*”.

“jugada grande”. Entre los preparativos también se requiere encargar a algunas la búsqueda del bolillero, pedir el salón de *La Cooperativa*, y pegar carteles en la zona invitando al evento. La elección de los premios suele ser tema de discusión. Ya que hay quienes proponen dar premios en “cosas” para que no *se pierda* el dinero recaudado en premios, pero otras sostienen que “*si no hay plata, la gente no va a querer jugar*”, a la vez que se advierten que sería “*un engaño*” solo ofrecer premios de objetos ya que se prometió que el juego sería por plata. Quienes eligen los premios suelen ser las mismas que “*cantan*” los números. Todas estas tareas requieren destrezas como “*ser rápidas para los cálculos*” y estar muy atentas a que ninguno de los presentes haga trampa, a la vez que no pueden equivocarse (por ejemplo cantar un número por otro, corroborar que alguien ganó cuando algún número no salió) porque eso genera mucho malestar entre los jugadores²³. Otras mujeres, en general quienes no les gusta el juego, quienes *andan sin plata* o que *su religión no les permite* jugar suelen encargarse del bufet donde se venden tortas y gaseosas aportadas por mujeres del grupo. Entre los participantes de los bingos encontramos a mujeres de Manos Unidas, acompañadas por parientes y a vecinos, participan más varones adultos y jóvenes y niños (solos o con sus padres). En general, luego de varias jugadas “*chicas*” (cada cartón de bingo cuesta \$1) y antes de realizar la jugada “*grande*” (son los únicos cartones que cuestan \$5 y los premios son de \$100, \$70 y \$30) que es la última, se suele realizar una jugada gratis en la que todos los participantes se les entrega un cartón sin costo, lo cual se lo considera una forma de agradecer a todos los presentes y como una estrategia para que “*vuelvan*” al próximo bingo que organicen.

- ***Empanadas, locro, pan casero: saberes y sabores que garantizan buenas ventas***

Fechas patrias como el 9 de julio o el 17 de agosto suelen ser ocasiones para hacer una gran venta de empanadas o locro. Además en *pequeños grupos* de amigas o vecinas, a lo largo del año las mujeres se reúnen para hacer pan casero y empanadas. En estos casos lo recaudado se distribuye entre las participantes y en general el dinero se guarda para darse “*los gustos*” en el viaje. En estos pequeños grupos las mujeres más grandes suelen ser quienes preparan y cocinan y las jóvenes y niñas quienes salen a ofrecer y vender en el barrio las producciones. Para cocinar

²³ Hay que saber cantar lo que implica que el tiempo de espera entre sacar un número y el siguiente no sea ni muy reducida ni demasiada extensa que “*canse*” a los jugadores, también resulta necesario que quien cante tenga un tono de voz fuerte que se escuche en todo el salón y a la vez estar muy atenta a cuando algún de los participantes avise que completo una línea, terna o cartón.

grandes cantidades se requieren dos días de preparación. Los ingredientes se aportan entre todas y a quienes no están presentes, se les asigna lo que aun esté pendiente de conseguir. Si aun distribuyéndose entre presentes y ausentes continúan faltando alimentos, se realiza un “*pozo común*” para comprar lo que falte. Todas deben “*levantar pedidos*”, en general lo hacen entre sus familiares, sin embargo las más jóvenes suelen ser quienes más venden²⁴. Para que una venta sea exitosa se requiere que algunas de las mujeres que son reconocidas por sus habilidades culinarias sean las encargadas de preparar los rellenos o estos se cocinen en su casa. Lo cual da garantía a los futuros compradores de que la comida estará rica. En cada jornada de trabajo, hay una distribución de tareas entre quienes dejan preparados los ingredientes y las que cocinan y condimentan que son quienes tienen saberes especiales y reconocidos de que cocinan sabroso y saben calcular “*a ojo*” para que no sobre ni falten ingredientes. Estas distinciones implica reconocer en cada una sus capacidades, algunas son *guapas* (trabajan mucho) pero *no saben cocinar rico*²⁵.

Opciones como hacer panes caseros suele ser una buena fuente de ingresos porque siempre se vende todo y porque no requiere ingredientes tan costosos, sin embargo algunas mujeres lo desestiman por el gran esfuerzo físico que se requiere para amasar²⁶. Otras tareas poco apreciadas son el freír, hacer fuego o revolver las grandes ollas porque requieren esfuerzo físico, o se necesita estar mucho tiempo en posturas incómodas (agachadas, encorvadas) o porque dejan olor y ensucian a quienes las realizan. Quien evita estas tareas suele ser observada por el resto de que “*solo vino a mirar*” y en caso de no aportar a las mismas, suelen ser indicadores cuando en algún otro momento se le quiera señalar la “*poca participación*” que tiene cuando *hay que trabajar*.

- *Envolver regalos y pedir donaciones: la presentación es importante cuando todos te miran*

En un supermercado cercano a LaCosta, las mujeres envuelven regalos a cambio de colaboración.

²⁴ Entre las niñas y adolescentes suelen escucharse competencias acerca de quien ha vendido más porciones por el barrio. Sus madres dicen admirar de las más pequeñas el “animarse a ofrecer a todo el mundo”.

²⁵ Las diferencias en modos de cocinar, estilos para preparar o ingredientes que usar, han ocasionado fuertes discusiones, enojos y hasta rupturas de relaciones entre algunas mujeres. He observado estrictos controles a cuestiones referidas por ejemplo a si la masa de las empanadas es “berreta” o no, o si alguna de quienes cocinan tiene las uñas sucias, si usan o no delantal, si prueba demasiado seguido de la olla, etc. Así, algunas veces de maneras sutiles, en miradas o chistes, y otras veces en conversaciones, se dirimen clasificaciones en torno al “*buen o mal gusto*”, prácticas aceptadas o vulgares en torno al cocinar. Sobre los gustos como objeto de análisis sociológico y como las diferencias de gustos pueden delatar desigualdades sociales véase Bourdieu (1994).

²⁶ Teniendo en cuenta que varias de ellas tienen problemas de columna, lo cual también les dificulta desarrollar ciertas tareas domésticas en sus hogares y en las “casas de familia” en que trabajan.

Esta tarea fue valorada positivamente por un gran número de mujeres. En sus comienzos las mujeres valoraban el estar en un espacio donde circulaba gran cantidad de gente, se preparaban para “atender al público” vistiéndose con “ropas de salir”, maquilladas²⁷, se sacaban fotos en el stand, saludaban a vecinas y conocidos que pasaban por el lugar y hablaban de “mis clientes” para referirse a quienes les solicitaban sus servicios. La tarea de organizar una grilla con horarios fue asignada a las estudiantes que eran quienes coordinaban horarios y recordaban a qué “turno” le tocaba ir a cada una, lo cual se establecía y actualizaba cada sábado en El Palo entre las presentes. Con el tiempo ello fue generando dificultades referidas que no siempre todas las mujeres podían garantizar su presencia. Había quienes raramente faltaban a su horario y decían que “esto es como un trabajo para mí y por respeto a las compañeras tengo llegar al horario prometido o hasta un rato antes” y otras que por diversas circunstancias “avisaban en el momento” que no llegarían (los motivos tenían que ver con “no tengo quien me cuide el nene”, “me enfermé”, “tuve que trabajar para recuperar el día”) o simplemente “no aparecían”. Estas situaciones generaban malestar en quienes no tenían quien las remplace. Así mismo, si bien en un comienzo los “turnos” a cubrir por cada mujer eran de igual cantidad de horas en la semana para cada una (entre 4 y 6 horas), con el tiempo algunas comenzaron a “cubrir más turnos” como modo de “aportar más horas” en compensación de que no tenían dinero para realizar sus “aportes individuales” en dinero para el viaje²⁸. El contacto con “los clientes” fue tomando diferentes matices, pues en los *intercambios* con estos “otros” se ponían en juego distinciones de clase, aprobaciones acerca de qué conductas y modos de tratar a los clientes eran aceptables y qué reacciones había que evitar, identificaciones con quienes eran como ellas y por ende eran más solidarios y rechazos hacia quienes no lo eran. Muchas evitaban confrontar con ellos y se ajustaban a lo esperado por los mismos (“ni les ofrezcas los papeles estos, porque no los van a querer”; “el que te dice que va a buscar plata al auto y ya viene a ponerte, nunca vuelve, no lo esperes, ni le digas nada, es al vicio”) ya que como le decían los gerentes y supervisores que

²⁷ Recuerdo a una de ellas mostrar cómo el color de sus uñas combinaba con su ropa, comentando que las uñas son muy importantes, pues “envolviendo es lo que más te mira la gente, y una tiene que estar bien presentada”.

²⁸ Esta fue una propuesta hecha por quienes en las reuniones de los sábados, habían hecho explícita alguna “situación difícil” por la que estaban pasando, que les impedía aportar de otro modo al grupo; puntualmente quienes no tenían ni conseguían trabajo y no tenían pareja (pues había quienes no tenían trabajo, pero si tenían marido, se esperaba que fueran ellos quienes “les dieran para el viaje”). Así mismo, quienes se encontraban en esta situación, podían cubrir los turnos del día domingo que era el más complicado para todas aquellas que “tenían familia” (pareja y/o hijos²⁸) porque era el único día que pareciera no ser negociable de tener permiso para salir (se almuerza en familia, vienen visitas, los hijos mayores les traen los nietos a quienes son abuelas, las más jóvenes deben preparar las cosas de los niños para la semana).

cada tanto las visitaban y observaban desde una gran ventana ubicada arriba del stand: “*el cliente siempre tiene la razón*”. En definitiva mostrándose como mujeres “correctas”, civilizadas y sobre todo “agradecidas”²⁹ de quienes las ayudaban podrían mantenerse “*sin problemas*” en ese espacio. Con el tiempo, aquello que comenzó valorándose como una posibilidad que el supermercado les ofrecía fue tornándose una labor cada vez más agobiante³⁰, por lo que luego de volver del ENM en Posadas, las mujeres decidieron dejar de trabajar como grupo envolviendo regalos.

Reflexiones Finales: Acerca de los recursos de las mujeres

Para finalizar quisiera referirme al título de la ponencia: “*Si hay pobreza que no se note*”, este remite a una frase reiterada por algunas mujeres al vincularse con otros grupos (por ejemplo cuando concurrían a entidades para pedir donaciones o colaboraciones) y entre ellas mismas, expresando rechazo hacia quienes “*usan*” sus carencias para obtener ayudas, apelando a la lástima de otros. Pues como entre ellas suelen conversar: “*todas tenemos problemas pero para andar llorando penas mejor nos quedamos en casa*”. A partir de esta frase podemos aproximarnos a cómo las mujeres afrontan la vida diariamente y los variados recursos que ponen en juego en su reproducción cotidiana y en sostener espacios de encuentro de y entre mujeres.

A lo largo de la presentación pudimos evidenciar cómo las experiencias organizativas, de intercambio y de “*trabajo en común*” entre las mujeres, evidencian que ciertas prácticas económicas lejos de tener un mero fin instrumental (recaudar dinero para viajar) permiten conocer la complejidad de las prácticas cotidianas que comprenden dimensiones morales, económicas, afectivas, simbólicas y políticas.

²⁹ Acerca de las modelaciones de costumbres y regulación de conductas aceptables, autorizadas y civilizadas véase los desarrollos de Elías (1989) en torno al proceso civilizatorio como un proceso continuo que moldea nuestras vidas. Respecto a las ayudas recibidas, cabe destacar que cuando los clientes consultaban para qué se usaba el dinero recolectado, las mujeres siempre referían que era para ayudar a niños y adolescentes con problemas. Solo en pocos casos se mencionaba su uso para las mujeres, en esos casos se aclaraba que era para ayudar a *mujeres maltratadas*. Como ellas mismas me explicaban: “*si les decis que es para nosotras, no te dejan nada, en cambio para los chicos, todos te dan*”.

³⁰ En este período se comenzaron a plantear dificultades entre ellas, aludiendo a que “*algunas se creen las dueñas de l supermercado y te quieren mandar*” o comenzaron a escucharse rumores acerca de quienes se llevaba las llaves de las urnas sin permiso o malestar si algunas abrían las urnas para sacar dinero de “*colaboraciones*” para comprar su comida mientras estaban trabajando en el supermercado. Así mismo se empezaron a marcar diferencias entre algunas pocas que según el resto “*se ponían del lado del supermercado*”, cuestionándolas con planteos como: “*¿qué le anda cuidando el bolsillo? diciéndonos que no gastemos tanto papel o que hagamos los moños más chicos*”, y quienes intentaban hacerlas entender que “*nadie te regala nada, nosotros le estamos haciendo un favor a ellos, porque ellos deberían poner a un empleado para hacer esta tarea*”.

Estas *prácticas económicas*, de circulación de dinero, de producción colectiva, de trabajo en común, de administración e intercambio de objetos y favores, se encuentran atravesadas por relaciones afectivas, íntimas y de confianza que lejos de constituirse en una esfera separada de la vida social, forman parte de la cotidianidad de las mujeres y nos permiten acceder a como se construyen sus relaciones familiares, de amistad, vecinales, barriales y comunitarias; y de esta forma poder acceder a cómo viven y cómo enfrentan la vida diariamente mujeres en contextos de pobreza urbana.

Bibliografía

- Bourdieu, P. 1994. "La metamorfosis de los gustos" en *Sociología y cultura*, Grijalbo. México.
- Buffa, Croce, Díaz, et.al. 2009. *Historias de vida y trayectorias compartidas. Experiencias de participación de mujeres en un espacio organizativo comunitario*. Buena Vista. Córdoba.
- Buffa, S. y Viola, M. 2004. "Prácticas de Intercambio en mujeres de sectores populares y nuevas subjetividades", en Dalmasso M.; Boria A. (editoras) *Discurso Social y Construcción de Identidades: Mujer y Género*. UNC. CEA. Córdoba.
- Comas D` Argemir, D. 1995. *Trabajo, género y cultura*. Ed. Icaria. Madrid.
- Fasano, P. 2006. *De boca en boca. El chisme en la trama social de la pobreza*. Antropofagia. IDES. Buenos Aires.
- Ginés, M. 1996. "Jerarquías de clase y género: aportes para la comprensión de las estrategias de subsistencia de las mujeres" en Lipzyc, C., Ginés, M., Bellucci, M. *Desprivatizando lo privado. Mujeres y trabajos*. Catálogos. Buenos Aires.
- Jelin, E. 1987. *Ciudadanía e Identidad: Las mujeres en los movimientos sociales latinoamericanos*. Editorial UNRISD. Ginebra.
- Koldorf, Ana E. 2008. *Familia y nueva pobreza desde una perspectiva de género (Rosario, 1994-2002)*. Prohistoria Ediciones. Rosario.
- Masson, L. 2007. *Feministas por todas partes. Una etnografía de espacios y narrativas feministas en Argentina*. Prometeo. Buenos Aires.
- Salles, V. Tuirán, R. 1995. "Familia, género y pobreza" en *Informe de las ONG's para la Conferencia Mundial de la Mujer en Beijing*. UNIFEM. México.
- Zapata, L. 2005. *La mano que acaricia la pobreza. Etnografía del voluntariado católico*. Antropofagia. IDES. Buenos Aires.